

El ilustrador desde la biblioteca

Diez cartas de o para Javier Sáez Castán (*)

La escritura le da asentamiento y reposo a nuestras ideas. El correo electrónico exige rapidez y ofrece inmediatez. Circunscritas a esta tensión, las cartas que a continuación recogemos ofrecen una inteligente, fresca y meditada reflexión sobre el libro álbum y el acto creador del ilustrador.

Eliminar

No deseado

Responder

Resp. a todos

Reenviar

Imprimir

De: Javier Sáez Castán
Asunto: El artículo
Fecha: 21 de octubre de 2006 20:43:56 GMT+02:00
Para: gustavopuerta@educacionybiblioteca.com

Querido Gustavo;

Acabo de comprobar que todos los archivos que guardaba dentro de la carpeta llamada "cursos y conferencias" ya no existen. Se trata de uno de esos pequeños desastres informáticos que, bien mirados, no lo son tanto, porque actúan como un olvido necesario frente a una memoria que a fuerza de registrarlo todo, llega a ser abrumadora. De todas formas, creo que esos textos, que me sirvieron para preparar la charla de Oaxaca, dependían mucho de una cantidad enorme de imágenes y no se adaptaban bien al formato de un artículo.

Lo que me preocupa ahora es cómo responder a tu petición teniendo en cuenta las fechas. Se me ocurre una idea que creo que puede quedar mejor que las conferencias perdidas, y que además puede resultar ágil, interesante y divertida; pero requiere de tu colaboración. Es sencillo:

Se trata de que me hagas 10 preguntas sobre mi trabajo durante 10 días, por correo electrónico, con o sin envío de imágenes. Lo podemos llamar entrevista, pero yo lo veo más como un texto tejido a medias, con el concurso de los inevitables medios tecnológicos, pero cuyo verdadero protagonista es el tiempo, los 10 días para pensar, para devolver la pregunta, para hacer otra. Es lo que hacemos todos todos los días, leyendo y contestando a infinidad de correos electrónicos. Si lo vamos a ver, es un género literario al que prestamos poca atención como tal, pero que puede ser atractivo para el lector de una revista.

Por supuesto, todo lo que acabo de proponerte es un guión que admite múltiples variaciones de número de preguntas, de días, etcétera.

Yo vivo ahora entre dos casas, una de ellas sin Internet. Pero puedo acercarme a una biblioteca vecina que sí tiene. Así pues, se podría titular con pleno derecho "Correos desde la biblioteca" o "Asunto: el artículo" o de mil formas más.

De todos modos, y si no te parece oportuno, tengo otra opción, que es enviarte un artículo que ha escrito Cecilia Silva-Díaz sobre mi trabajo. La duda es que va a aparecer publicado en el catálogo de la exposición de Alicante, y no sé si la duplicación sería conveniente. También tendría que pedirle permiso a Cecilia.

Bien, eso es todo. Espero tu opinión.

Un abrazo y un beso para las chicas

Javier



Los tres erizos. © Ekaré

Eliminar

No deseado

Responder

Resp. a todos

Reenviar

Imprimir

De: gustavopuerta@educacionybiblioteca.com

Asunto: **A empezar**

Fecha: 23 de octubre de 2006 09:58:22 GMT+02:00

Para: Javier Sáez Castán

Querido Javier: más que una idea estupenda, me parece un lujo. Aunque dada la peculiaridad del medio en que nos vamos a comunicar te propongo que en vez del formato preguntas-respuestas, lo abordemos como cartas. Cartas en las que desarrollemos un tema, un asunto, una materia, una opinión, una intuición, un juicio... Creo que podemos dejar abierto el número de cartas y su extensión. Igualmente entiendo que en algunos casos la respuesta podrá ser inmediata mientras que en otros hará falta más tiempo.

Me gustaría comenzar con lo siguiente: ¿Qué ves, Javier, al leer un álbum?, ¿en qué aspectos te detienes?, ¿a qué le das importancia?, ¿qué te atrae especialmente del género?

Bueno, amigo, quedo a la espera, un abrazo, Gustavo

Eliminar

No deseado

Responder

Resp. a todos

Reenviar

Imprimir

De: Javier Sáez Castán

Asunto: **Primeras impresiones**

Fecha: 23 de octubre de 2006 10:28:34 GMT+02:00

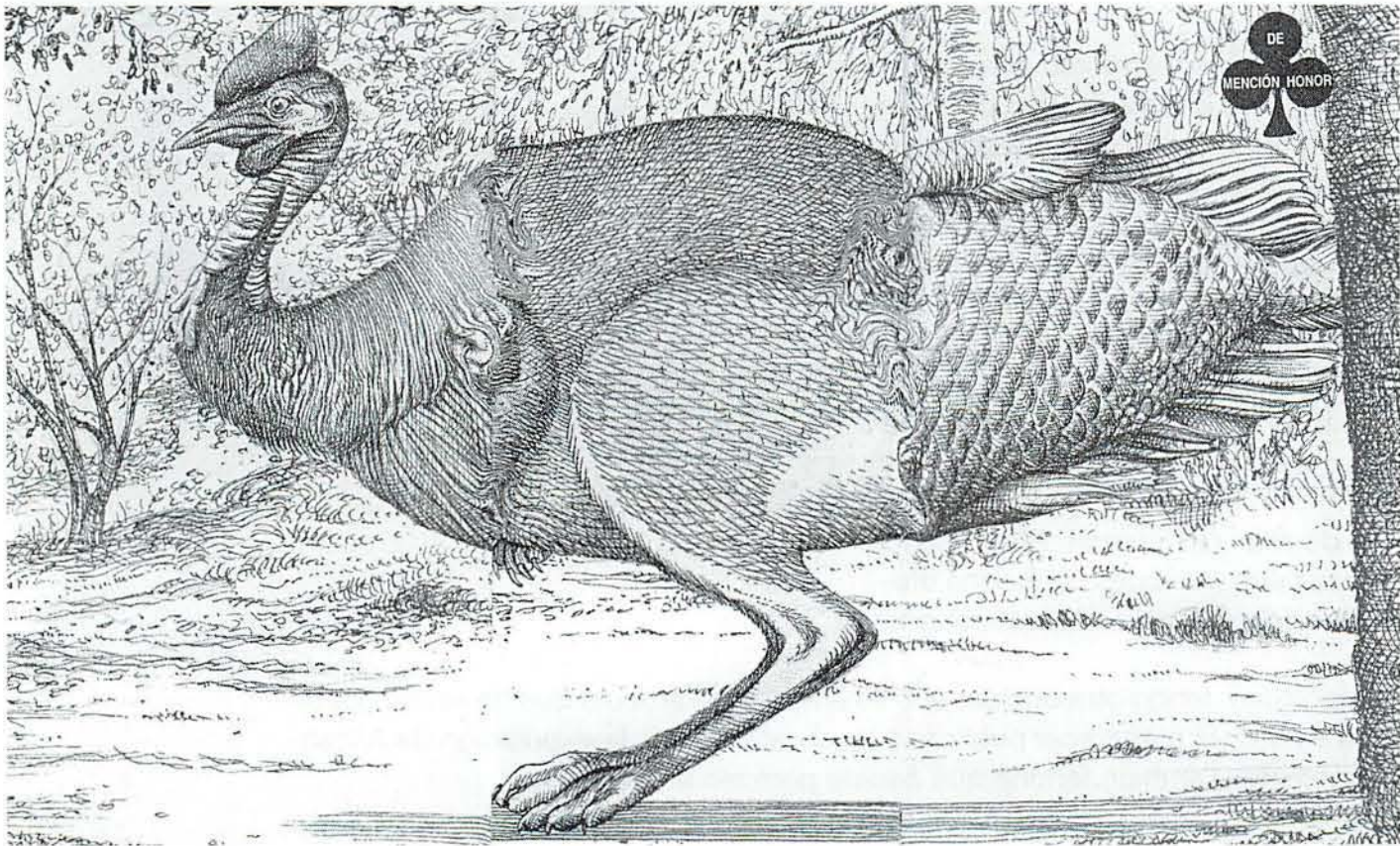
Para: gustavopuerta@educacionybiblioteca.com

Querido Gustavo; me alegro de que te guste la idea. Ahora estoy en una biblioteca pública. Eso quiere decir que me quedan 25 minutos para intentar contestar. Poco, si tenemos en cuenta que no pertenezco a la generación que todo lo dice con la K. Pero no hay problema, puedo reanudar la sesión en otro momento.

Ahora, al trabajo.

Cuando veo un álbum me detengo en primer lugar en el aspecto del libro, en su presencia como objeto. Creo que en ese primer momento antes de abrirlo intervienen por igual el sentido de la vista y el del tacto; vemos el libro y lo sostenemos en las manos; luego veremos si él nos sostiene a nosotros.

Por supuesto, luego vienen las ilustraciones. La primera impresión suele ser suficiente, pero seguramente dejo pasar las páginas en un sentido y en otro, como un abanico, a ver qué impresión me da. Hasta aquí, todo esto suena como un curso por correspondencia de enología; el sumiller levanta la copa, luego vienen todos esos gestos rituales y, desde mi punto de vista... no pasa nada. No comprendo la lectura de un libro como un encadenamiento de emociones estéticas, de ahí mi desconfianza hacia mi propio relato. Pero sigamos; me quedé pasando páginas. A lo mejor el libro me gusta, a lo mejor no. Si no me gusta, lo cierro y se acabó. No tengo obligaciones como crítico, y puedo permitirme el lujo de olvidarlo. Pero si me gusta, empezaré a saltar de una página a otra, repetidas veces, hasta que al fin me decida a leer la historia.



Cata Cancantos. *Animalario Universal del Profesor Revillod* © Fondo de Cultura Económica

Entonces el libro deberá demostrar que es lo que realmente espero de él: un objeto mágico. Como objeto mágico, deberá convertirse en algo parecido a una película muda, a una pantomima, a un sueño. En ese caso, me olvidaré de mis prevenciones como catador –ahora lo comprendo: mi ejercicio estético sólo iba encaminado a prevenir experiencias desagradables; es lo mismo que hace un animal al oler su comida–.

Si el libro es bueno, me olvidaré de que soy un lector; simplemente lo leeré. Si se trata de un álbum, será más parecido a entrar en él.

No tengo tiempo de más; me parece que el juego consiste en no releer. Creo que fui rápido; 22 minutos ¿qué te parece?

Un abrazo, y hasta la próxima.
Javier

Eliminar

No deseado

Responder

Resp. a todos

Reenviar

Imprimir

De: gustavopuerta@educacionybiblioteca.com

Asunto: Entrar en el álbum

Fecha: 24 de octubre de 2006 00:37:28 GMT+02:00

Para: Javier Sáez Castán

Amigo catador: No fueron 22 min., se nota que detrás de cada línea hay mucho más tiempo de reflexión, lectura y decantación (no sé en qué orden deberían ir estas palabras). Quiero recuperar la imagen que propones de “entrar en un álbum” y abordarla desde otra perspectiva: la del creador. ¿Cómo es esta aproximación?, ¿qué requisitos exige y qué requisitos te exiges? Una vez dentro del álbum, ¿cómo lo habitas?, ¿cuándo sabes que ya puedes salir de él? Por último, ¿cómo te sientes al volver a entrar en un álbum que ya no es sólo tuyo?

Eliminar

No deseado

Responder

Resp. a todos

Reenviar

Imprimir

De: Javier Sáez Castán

Asunto: En un circo de pulgas

Fecha: 24 de octubre de 2006 17:58:12 GMT+02:00

Para: gustavopuerta@educacionybiblioteca.com

Querido Gustavo: son las 17:27, o las cinco y veintisiete, como decíamos antes y la biblioteca está llena. Espero que los murmullos de los chicos que han salido de la escuela no me distraigan demasiado, sobre todo porque propones preguntas interesantes. Todas hacen referencia al hecho de entrar en el álbum, que a mí me parece esencial. Como lector, ya traté de explicarlo, no me conformo con seguir una historia, ni siquiera una buena historia: se entra en el álbum como se entra en un circo o en un espectáculo de un género que ahora parece cada vez más lejano; el que hace coincidir lo maravilloso, la entrada a otro mundo, con un punto de partida simple y cotidiano. El telón es el límite entre los dos mundos, y quizá más maravilloso que cualquiera de los dos.

Desde ese punto de partida, creo que no es posible construir un álbum como pueda fabricarse un objeto funcional. Es decir, el álbum no surge desde el punto de partida de un mensaje, ni siquiera de una simple narración. Para mí está más cercano a la emoción de ver cosas. El ver lo preferimos a todo, dijo Aristóteles, y esto me parece exacto si lo aplicamos al álbum ilustrado. De una forma no tan casual, un álbum era hasta hace poco una colección de fotos de familia o un libro para pegar estampas o cromos coleccionables. En los dos casos, galerías de imágenes, muestrarios de maravillas cercanas o imaginarias. En mi caso, mi experiencia como espectador o autor no es demasiado distinta. Trato de ver cosas, de disponerlas como si se tratara de un jardín o de un espectáculo casi familiar, doméstico. Lo normal es que el álbum vaya precedido por una imagen o un conjunto de ellas más o menos intensas, aunque por intenso no quiero decir excesivo o fuera de lo normal. La imagen a la que me refiero se impone por sí sola, persiste en la memoria y se empeña en ser una rendija para mostrar más cosas. Pero ¿qué cosas?

Hasta aquí, mi definición del proceso de creación de un álbum parece casi idéntico a un circo de pulgas o a la exhibición de cualquier otra cosa que quepa detrás de una vitrina.

Sin embargo, hay algo más. Las colecciones o muestrarios son semejantes al acuario del que hablaba Cortázar, que permitía la contemplación del mundo inaccesible, sin tiempo del ajolote o axolotl. Nada que objetar, excepto la claustrofobia; mi pretensión es, pese a la vitrina, compartir el tiempo del personaje, pues el tiempo es la condición indispensable de la vida. Dicho de otro modo, el aparato escenográfico sólo se justificará del todo cuando permita la representación de la historia.

Se levanta el telón, y comienza la función. Pero el tiempo, pese a todo, no es el tiempo que marca el reloj. En el álbum podemos pararlo, volver a mirar, retroceder la página y volver a empezar. El personaje será nuestro guía, nuestro Virgilio particular en esta excursión.

Para mí un álbum logrado debe ser como una puerta de acceso a otro mundo; después de cerrarla, en el umbral entre un mundo y otro, podemos dudar de lo que hemos visto mientras intentamos acostumbrarnos de nuevo a nuestra realidad. Pero lo que no podemos dudar, es de que la puerta en sí es lo más maravilloso de todo.

El bibliotecario ha tenido que llamar la atención a los chicos dos o tres veces y con razón, y creo que me he ido por las ramas más de lo conveniente. Como el conejo exclamo: ¡es tarde! ¡qué tarde se me está haciendo! Son las 17:58 y hay cola para ocupar este ordenador. Si te parece volveré más tarde a esta pregunta porque no estoy seguro de haber respondido del todo.

Un abrazo, vuelvo en cuanto pueda,

Javier

Eliminar

No deseado

Responder

Resp. a todos

Reenviar

Imprimir

De: gustavopuerta@educacionybiblioteca.com

Asunto: Sobre el encuentro

Fecha: 25 de octubre de 2006 10:24:02 GMT+02:00

Para: Javier Sáez Castán

Querido Javier: para mí está siendo apasionante este recorrido detrás del conejo. Y ya que mencionamos un conejo, por qué no hablar de erizos, picospelosplumas, catacancantos y demás especies (que no especias) recogidas por el profesor Revillod o incluso potencialmente vendidas por Pompibol. En tu correo anterior aludías a rasgos o temas que a mi parecer caracterizan tu trabajo: aquello que parece cada vez más lejano, lo maravilloso, lo doméstico, lo que persiste en la memoria, el escenario/vitrina, el tiempo o, mejor dicho, los tiempos... Quiero esta vez preguntarte por ese misterioso, fascinante y a veces invisible nexo que se crea entre el creador y el espectador. Que nos detengamos en tu capacidad para construir personajes que llegan a habitar el imaginario de un niño. En cómo tratas motivos que puede que no resulten explícitos al lector (sea cual sea su edad), pero sí operan en otro nivel. En definitiva, te pregunto por el encuentro del autor y el lector dentro del álbum.

Desde un otoñal Madrid te mando un cálido abrazo, Gustavo

Eliminar

No deseado

Responder

Resp. a todos

Reenviar

Imprimir

De: Javier Sáez Castán

Asunto: La llegada de los lectores

Fecha: 25 de octubre de 2006 17:17:32 GMT+02:00

Para: gustavopuerta@educacionybiblioteca.com

Querido Gustavo: son las 16:48, la biblioteca está casi vacía y me preguntas por el encuentro con los lectores; desde aquí y ahora se me ocurre que ya irán llegando..., pero eso no deja de ser un riesgo. En realidad, sólo muy recientemente he comenzado a preguntarme por el lector, pero no por falta de consideración, sino por falta de costumbre. Creo que empecé a hacer cuentos porque me gustaban los cuentos, no porque me gustara ser autor. Luego ha venido la preocupación por el lector, pero no sé si al modo de Pompibol. A mi me gusta hacer libros, y ahora también venderlos, pero por ese orden. Me gustaría pensar en el lector como un invitado, no como un cliente. Sin embargo la invitación es a que pase a ver el espectáculo, no hacerlo a su medida. Trabajo desde la idea de que el espectáculo es, hasta cierto punto, independiente del lector y de mí mismo. El truco es... ¿deben contarse los trucos? Por supuesto, es la mejor manera de demostrar que no hay truco. El ilusionismo, la prestidigitación, se basan en cierta apariencia de realidad y a la vez en una artificiosidad declarada. El encuentro con el lector se produce en el patio de butacas. Lo mejor es bajar ahí, mientras las marionetas representan su función, y aplaudir como todos, o más, para dar ejemplo.

De todas formas creo que tu pregunta era más explícita, y se refiere también a los personajes, y en cómo llegan a poblar la imaginación de un niño. Ojalá. En realidad creo que mi aspiración, en este caso, no es sacarme personajes de la manga como de una chistera. Pienso que a los personajes no hay que perseguirlos, como a ese siniestro tercer hombre de la película en las calles de Viena. Prefiero pensar en que los personajes ya estaban allí, en un rincón, un poco adormilados. El rincón puede ser esa zona poco visible de nuestra amplia y ruinosa memoria. Por allí pasean conejos, duendes o lo que sea; no pretendo ser original, tan solo propiciar un encuentro entre viejos amigos; el autor, que no sabe muy bien si lo es o no lo es, el personaje, que pasaba por allí, y el niño que lo conocía desde siempre, aunque nunca le hallamos hablando de él, aunque nos empeñemos en contarle otros tristes cuentos.

Aún así hay riesgos. Un autor muy popular, autor de libros muy conocidos, me advirtió de la posibilidad de que el teatro se quede vacío, de que el autor, por tímido o distante se quede a solas con los personajes. Es una posibilidad real, y un consejo verdadero. Creo que hay que acostumbrarse a ir y venir del escenario a las butacas, para estar seguro de que el espectador forma parte de la función. En realidad, el verdadero privilegio es tener un lector. Muchos, mejor.

Son las 17:05 y los lectores han ido llegando, gracias a Dios.

Ha sido un placer volver a escribirte, un abrazo,

Javier

EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA – 156, 2006

32

Eliminar

No deseado

Responder

Resp. a todos

Reenviar

Imprimir

De: gustavopuerta@educacionybiblioteca.com
Asunto: Cerrando, por ahora
Fecha: 26 de octubre de 2006 10:26:38 GMT+02:00
Para: Javier Sáez Castán

Amigo Javier: El espacio pautado se acaba, a mi pesar, y creo va siendo hora de cerrar. Como decía un viejo familiar mío: "vamos a acostarnos, que la visita ya está cansada". Te agradezco mucho tus cartas y permitirme entrar contigo al álbum. Por supuesto que creo que este epistolario puede dar para mucho más, muchas cosas quedan todavía en el tintero/teclado y me encantaría proseguir (¡quizás un editor arriesgado que lea estas líneas se entusiasme!). Releyendo los mensajes y pensando en su futura publicación, pienso que deberíamos brindarle al lector que se está iniciando en este mundo una noción acerca de lo que es un libro-álbum y su especificidad como género. Además, y ya que coincidimos en aquello de que antes de creadores somos lectores, te propongo que aprovechemos el hecho de que te encuentras en una biblioteca y te pediría que seleccionaras un puñado de álbumes que te gusten especialmente y nos muestres por qué tu mirada se fija en ellos. Bueno, reitero mi agradecimiento y el placer que me ha deparado este ejercicio-encuentro-juego. Gustavo

Eliminar

No deseado

Responder

Resp. a todos

Reenviar

Imprimir

De: Javier Sáez Castán
Asunto: Se acaba el tiempo
Fecha: 26 de octubre de 2006 20:13:53 GMT+02:00
Para: gustavopuerta@educacionybiblioteca.com

Querido Gustavo: También la biblioteca está a punto de cerrar; al menos son las ocho menos cuarto y el ordenador lo desconecta a las ocho y cuarto.

Me preguntas qué es específico del libro álbum, y me parece una de las preguntas más difíciles por lo que tiene de genérico. Intentaré una respuesta sencilla y que no se deje fuera muchas excepciones. Un libro álbum puede ser aquel que cuenta cosas a través de las imágenes, con o sin el concurso del texto, y que por algún motivo que a estas horas de la tarde se me escapa, se encuentra probablemente más cerca del modo de contar cosas de una película muda o una pantomima que de otros géneros, incluidos los impresos.

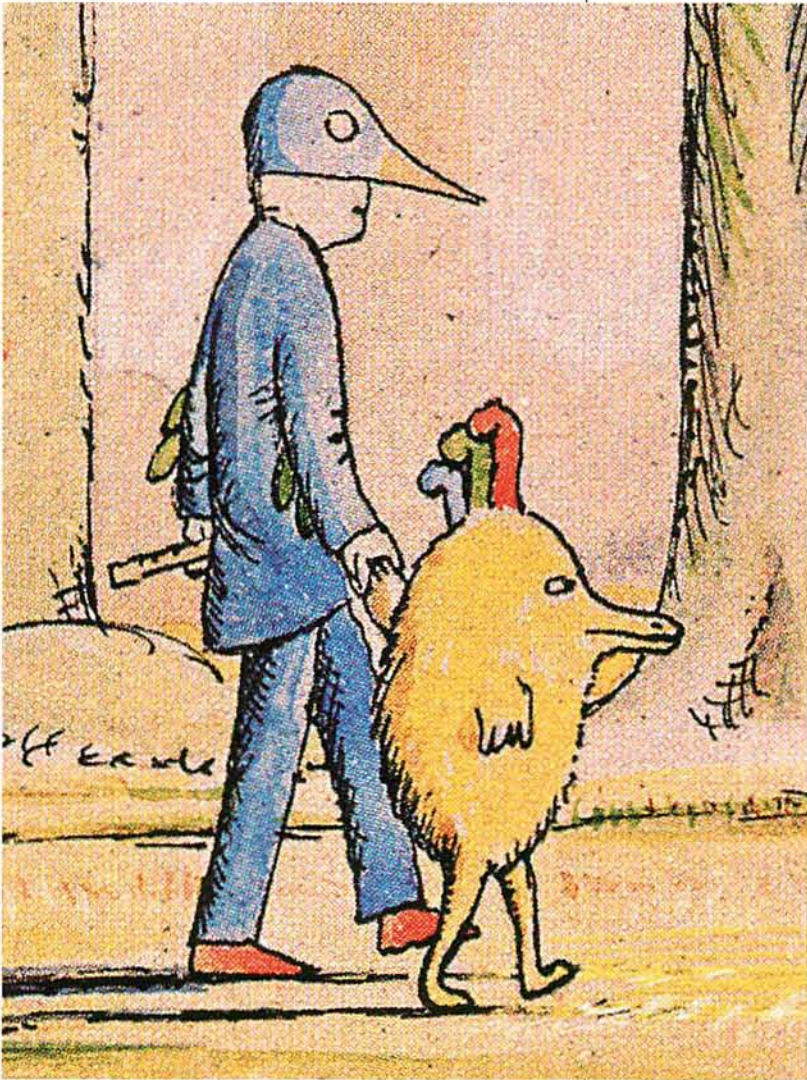
Entre los álbumes que recuerdo, algunos de mis preferidos son: *Donde viven los monstruos* de Maurice Sendak, porque ha resistido con valentía un aluvión de comentarios elogiosos, sin resentirse por ello. Los primeros libros de *Babar* de Jean Brunhoff (Alfaguara), porque da gusto contarlos a un niño pequeño. (El bibliotecario dice que nos queda un cuarto de hora, como si comandara un pelotón de fusilamiento; indudablemente tu familiar lo decía con mucha más gracia.) Otros que voy a tener que añadir, pero sin tiempo para el epitafio, son los siguientes: *Dídola, pídola, pon* de Maurice Sendak (Alfaguara), *Jumanji* de Chris van Allsburg (FCE), *Los misterios del señor Burdick*, también de Chris van Allsburg (FCE), *Pedro Melenas* de Heinrich Hoffmann (Hymnsa/Olañeta), *La familia Numerozzi* de Fernando Krahn (Ekaré), *Limoncito se hace a la mar*, publicado por Timun Mas, *La casa de Ana* de Norman Messenger (Acanto), *Periquín Chanchín va de campamento* de Helen Haywood (Molino), *¿Qué prefieres...?* de John Burningham (Kókinos).

Se me hace raro echar el cerrojo con tanta prisa, y si te parece que esta lista merece algún comentario más, puedo redondearla durante el fin de semana.

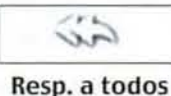
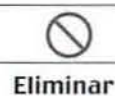
Pero también podemos dejarlo así, sin retoques ni afeites, con la urgencia de las cosas que nos salen el paso y concluir el juego sin apartarnos de las reglas que hemos ido estableciendo.

Yo también te agradezco tus cartas, tus comentarios y quedo a tu disposición hasta la próxima ocasión. Son las ocho y diez. Me voy, para que no tengan que echarme.

Un abrazo
Javier



Picospelospluma y el hombre pájaro © SM



De: Javier Sáez Castán

Asunto: Epílogo

Fecha: 27 de octubre de 2006 10:35:51 GMT+02:00

Para: gustavopuerta@educacionybiblioteca.com

Hola una vez más Gustavo;

Creo que nuestra correspondencia me ha dejado una huella, no sé si semejante a la del perro de Pavlov o al zorro de Saint-Exupery; el caso es que enciendo el ordenador y pienso: "el correo de Gustavo". El caso es que ayer corrí todo lo que pude, tropezando claro, y saltando sobre una definición del álbum que debía ser más precisa.



Pom pom Pompibol © Anaya

En Oaxaca me enteré, gracias al magisterio de Uri Shulevitz, de la diferencia entre un *story book* y un *picture book*. Uri es un verdadero maestro, dentro y fuera de sus libros, y la distinción fue muy útil y dio mucho que hablar.

Ayer yo improvisé una selección de títulos; algunos de ellos se salían de la definición canónica de Uri, que me parece muy clara, casi para enseñarla en el colegio. Mi definición del álbum ha sido mucho más imprecisa y chapucera; no voy a mejorarla ahora. Pero se me ocurre que en mi definición particular del álbum hay un hecho esencial, no cuantificable, que define si algo es un álbum: me refiero a la capacidad de las imágenes para crear un mundo en el que el lector pueda –una vez más– entrar. Es una cuestión casi gravitatoria, cuestión de masa crítica; las ilustraciones crean un campo o no llegan a crearlo. No importa si se trata de un *picture book* o de un *story book*; en mi definición particular, insisto, para andar por casa, el álbum es aquel libro cuyas imágenes tienen la capacidad de contar una historia y de crear un mundo. Libros aparentemente alejados del álbum como *Alicia en el país de las maravillas*, con las ilustraciones de Tenniel, entrarían allí (bueno, Alicia entra en todas partes ¿no?). El tiempo se acabó, y ahora estamos fuera del partido, de modo que vamos a dejarlo ahí por ahora.

De todos modos, mi pseudo-definición me lleva a incluir libros que podrían considerarse *picture books* –álbumes– y *story books* –no álbumes–, según Shulevitz.

Ayer se me olvidaron muchos más:

El propio *Un lunes por la mañana* de Shulevitz (FCE) y los trabajos de Roberto Innocenti, sobre todo *Pinocho* (Kalandraka) y *El cascanueces* (Lumen). Algunos otros se han quedado fuera; el seleccionador nacional suele pedir disculpas a la prensa y a los que se quedaron fuera: es imposible meter en la cancha más de 11. El caso es que da igual, porque el equipo siempre pierde, yo creo que aunque jugaran trescientos.

Perdona estas digresiones fuera de tiempo,

Un abrazo

Javier

Gustavo Puerta

(*) Autor e ilustrador, con una obra relativamente reducida, se ha convertido en un referente de originalidad, agudeza e ingenio. *Picospelospluma* y *El hombre pájaro* (SM), *Pon pon, pompibol* (Anaya), *Los tres erizos* (Ekaré) y *Animalario universal del profesor Revillod* (FCE) ya pueden ser considerados como clásicos de la literatura infantil.